

una turba de hombres y mujeres, que quitándose sus vestidos principiaron á bailar delante de nosotros, sin que nada pudiese detenerlos, mientras que la estatua estaba en el aire. Yo no sabia qué admirar más, si la gallardía de sus cuerpos y la ligereza de sus movientos, ó la modestia de sus rostros. Nada de impureza ni lascivia en sus acciones; y así ni aun ellos mismos se acordaban de que estaban desnudos, hasta que retirando el filósofo la estatua echaron á correr con presteza, sumamente avergonzados de que unos extranjeros los hubiesen visto, no obstante que en nada se hubiesen excedido.

A este tiempo nos despedimos del sábio y el sacerdote y volvimos á palacio pasmados de tantos prodigios como habíamos visto, sin saber casi si dormíamos ó velábamos; de modo que nuestra gente no se cansaba de hablar de aquellas maravillas. Por último nos dieron de cenar magníficamente, sirviéndonos unos vinos muy delicados que produce el país.

Pero no contento todavía el príncipe con los infinitos recreos que nos habia proporcionado, luego que cenamos nos avisaron de su orden que habia no sé qué cosa en el aire, que merecía bien la pena de que saliésemos á verla.

Al presentarnos en la galería de palacio des-

cubrimos un cielo iluminado, en cuyas nubes combatian dragones, serpientes y grifos, unos contra otros. El pavor nos sorprendió al pronto, no habiendo uno de los nuestros que no lo tuviese por un presagio funesto; pero Sermotas nos desengañó, diciéndonos que todo era efecto de un talisman inventado para divertir á Sevaraminas, quien habia querido darnos parte en el buen rato.

Concluido este espectáculo nos fuimos á acostar; mas yo no podia conciliar el sueño repleto de imágenes raras de lo que habia visto por el dia, y que me representaban los perniciosos efectos que hubiera producido el arte talismánico en un pueblo corrompido como el nuestro.

CAPITULO IV.

El autor con los suyos acompaña al rey de los sevarambos en un viaje. Descripción de las cosas maravillosas que vieron. Castigo de un ministro de Estado corrompido. Regreso de Gulliver á Sevarambia.

La mañana siguiente muy temprano vino Sermotas á decirnos que el rey queria que le acompañáramos en un viaje. Montamos luego en las cabalgaduras que nos habian preveni-

do muy parecidas á los camellos, á excepcion de que tienen las orejas extremadamente largas, y que en lugar de brida usan de una especie de corchete de oro ó plata con que los unen. La viveza y altura de aquellos animales nos dió miedo; sin embargo, no nos costó mucho acostumbrarnos á ellos, y á la verdad no hay animal en el mundo más seguro de piés, en medio de andar hasta cien millas y más en un dia.

Lo primero que hicimos fué presentarnos á Sevaraminas, quien nos preguntó cómo nos iba en su imperio, si necesitábamos algo. Le dimos gracias por los beneficios de que nos colmaba, y le respondimos que nada podia hacer falta á unos hombres que S. M. se habia dignado proteger aún cuando no se hallasen entre un pueblo humano y virtuoso como el de los sevarambos.

Yo lo celebro, nos dijo; ¿pero sereis para sufrir la fatiga de un viaje en mi compañía? El honor solo de acompañar á V. M. bastaria á sostenernos, le respondimos, además que nuestra salud jamás ha sido tan buena como ahora, gracias al aire puro de los sevarambos, á los alimentos saludables y á los placeres inocentes de que gozamos sin cesar.

Esto supuesto nos mandó volver á montar en

nuestros camellos, y en menos de una hora llegamos á Magnandi, ciudad situada dos leguas al Sud de la capital. Allí nos esperaban diferentes filósofos, habiendo inventado cada uno por su parte nuevas maravillas con que divertir á Sevaraminas, segun la orden que les habia enviado á prevencion. Uno de ellos cogió una mosca á nuestra presencia, la cual se fué hinchando poco á poco, hasta que se puso como un camello de los que llevábamos. El sábio montó sobre esta criatura de su arte (si puedo explicarme así), la hizo ejecutar mil vueltas, pasadas, caracoles: la mandó tomarpaso, y, en una palabra, por ciencia consiguió de ella cuanto el mejor ginete hubiera podido exigir de un verdadero camello.

A este prodigio siguió muy en breve otro. El segundo filósofo convirtió una pulga en un camello semejante al que llevaba el rey, que era el único blanco que habia entre todos.

Apareció otro filósofo que levantó en el aire una estatua de mujer que llevaba, y pronunció algunas palabras en voz alta. Al instante principiaron á despojarse de sus vestidos cuantas mozas allí habia, hasta quedar como las manos, y figuraron delante de nosotros diversos bailes, que no se llevaron toda la atencion de muchos

de nuestra gente. Por lo que á mí hace, aunque el espectáculo no me era nuevo, no habia podido todavía acostumbrar mi imaginacion, y condenaba al filósofo que habia obligado á aquellas mujeres á dejar con los vestidos su pudor, tomándome la libertad de decírselo á Sermodas. Ya habia yo extrañado, me respondió, que no me hubiéseis manifestado ese escrúpulo desde la primera vez; sé bien que seria general en vuestro mundo á cuantos profesan sentimientos de pundonor, mas no es lo mismo entre los sevarambos que entre los demás hombres.

Mientras esto decia, el filósofo cubrió su estatua con un velo, y al momento las bellas bailarinas volvieron á tomar sus ropas y se retiraron á sus casas, satisfechas de haber contribuido á divertir á su príncipe, que aquellos pueblos en cierto modo miran como una deidad.

El cuarto sabio tuvo una ocurrencia bastante graciosa. Cogió un gato en la vecindad y le ató al principio de la cola dos campanitas con un talisman, que en nada de tiempo le puso tan hinchado como una yegua flamenca. Despues le comprimió suavemente el vientre, y el aire salió, no como hacia entrado, sinó con un ruido

armonioso, y exparciendo un olor que perfumó todo el contorno.

Los regocijos que nos proporcionaron en los demás tránsitos, fueron sobre corta diferencia de la misma especie. No habrá pueblos que tanto se alegren con la vista de su soberano, ni entremos en plaza alguna donde los habitantes no acudiesen en tropel, mucho antes de llegar, cargados de magníficos presentes para la comitiva. Los más inferiores de mi gente recibieron en barra de oro valor tal vez de mil libras esterlinas; los oficiales fueron tratados á proporcion, y aún yo mismo, que no me dejé tentar fácilmente de las riquezas del mundo, tuve que aceptar pedrerías sin número y sin precio, que me presentaron, por no desazonar á los sevarambos con mis excusas.

Llegada la hora de comer entramos en una sala y vimos una rata blanca muy grande que se habia aposentado sobre la mesa en frente de Sevaraminas, y le miraba cara á cara con una desvergüenza increíble.

Todos nos admiramos á proporcion que S. M. manifestaba su sorpresa del atrevimiento del animal y mandó echarle fuera. Pero la rata, que hablaba por virtud de un talisman, respondió que no se moveria de su puesto mien-

tras que no hubiese satisfécho su apetito á costa del que habia de ser su señor. Entonces conocimos claramente que era obra de algun filósofo. El rey hizo varias preguntas á aquel maravilloso animal, que respondió á todas en términos acordes y breves, los cuales pude comprender muy bien porque eran de los más usados, y ya sabia yo un poco de sevarambo. La rata familiar principió á probar de todos los platos, hasta que se fijó en el de Sevaraminas. Por último el príncipe tuvo por conveniente decirle: «honrada rata, ruégote que te vayas;» y ella respondió: «vuestra compañía me complace demasiado para que me apresure á obedeceros, además que el rey tiene sobrado con que mantenernos á los dos.» Enseguida recayó la conversacion sobre diferentes objetos, y la rata se divirtió á costa de algunos de los espectadores censurando sus defectos con más juicio que destreza. Pero fuera de esto aquellos diálogos no me dieron el mayor gusto, porque no hallé en ellos estos rodeos finos, inherentes y envueltos de artificio que en Europa saben dar á una chanza por un estilo picante, para que agrade. En efecto, Zidi Parabas me confesó que los sevarambos no tenían dos términos en su lengua que pudiesen significar una misma cosa, y que

las palabras equívocas eran desconocidas entre ellos, de suerte que la verdad salia siempre de su boca con la misma simplicidad que habia sido concebida en su ánimo, añadiendo que por esta razon no habia cosa de que no se hablase entre ellos sin rodeos, hasta pronunciar una mujer de una virtud severa palabras cuyo sonido sonrojaria á cualquier europea; y al cabo, concluyó, ¿por qué hemos de formar nosotros semejantes escrúpulos? ¿Es cometer un crimen nombrarle, ó nombrar ciertos instrumentos?

Bien pudiera haberle respondido que esta libertad estaba bien á unos pueblos inocentes como los sevarambos, y no á la corrupcion de nuestras costumbres, si no hubiera tenido que marchar á dar órdenes á la comitiva real. Nosotros salimos tambien un rato á Tistani, que es la segunda ciudad del reino por sus riquezas, por la hermosura de su situacion y sus edificios. El príncipe Moriski, que era el gobernador, vino con su séquito magnífico y numeroso á presentar las llaves á S. M., que se las volvió con mucho agrado.

El dia siguiente nos embarcamos en chalupas ricamente adornadas para pasar á la isla de Kristaze, ó de las zorras, distante dos leguas,

donde tiene el rey un palacio soberbio. Allí estuvimos quince dias, que se nos hicieron cuatro por la destreza con que S. M. sabia variar nuestros placeres y ordenar otros nuevos á cada instante.

De este delicioso tránsito pasó Sevaraminas á Timpanio, donde me hizo el honor de decirme que tenia negocios secretos, de que aun el mismo Consejo no sabia nada. No tardamos más que un dia en el camino, y en todo él Morrice y yo gozamos el privilegio de llevar á S. M. en medio, que nos hizo varias preguntas sobre la naturaleza de nuestro comercio y la constitucion de gobierno. Todavía me acuerdo con gusto del que S. M. manifestó causarle la sabiduria de nuestras leyes, repitiéndome muchas veces que habia ignorado las hubiese tan perfectas en Europa. Señor, es muy cierto, le respondí; no habria en el mundo gobierno preferible al nuestro, si nunca nos separásemos de sus máximas fundamentales; pero un ministro corrompido, un partido encarnizado contra el otro, esto basta para trastornarlo todo, cuando faltase la travesura necesaria para acomodar las leyes mismas á sus delitos. Partidós; ¿qué enténdéis por este término? me replicó el rey; y tuve que explicárselo como mejor pude, á lo

cual repuso si no habia algun medio para extinguirlos. Respondí que no le conocia, pues nunca faltarian á la cabeza de los negocios gentes ansiosas de su elevacion, mereciésenla ó no, y éste era un manantial de facciones interminables.

De esta manera fuimos en conversacion hasta que llegamos á Timpanio; el gobernador salió á recibirnos con una grande comitiva. Se llamaba Suriamnas y descendia de una rama de la familia real, que en parte habia sido la causa de darle el mejor gobierno del reino.

Pero habia degenerado de su ascendencia, lo cual se miraba entre los sevarambos como se miraria un fenómeno extraordinario en Europa, motivo porque le recibió el rey con frialdad y displicencia.

Apenas entramos en aquella soberana ciudad, las calles retumbaban con los ecos de Marabi, Marabi, que en sevarambo es decir, justicia, justicia. Los habitantes, indignados de la violenta opresion en que el gobernador los tenia, se habian quejado secretamente al rey, y esta era la principal causa de su viaje que habia ocultado bajo el pretesto de enseñarnos su reino. Los imprevistos clamores sacaron al rostro la conmocion de Suriamnas. Procuró disimular

larla como pudo, y tuvo valor para dirigirse al rey, que en un tono firme le preguntó qué significaban aquellas exclamaciones del pueblo. Más antes que Suriarnas lograra disipar su turbación para responder, un habitante distinguido de la ciudad, por cuyo medio se había dado la queja, se presentó seguido de una turba de ciudadanos y se echó á los piés de Sevaraminas pidiendo audiencia; S. M. le mandó levantarse y exponer su comision sin recelo, lo cual ejecutó el sevarambo en estos términos, que jamás han podido borrarse de mi memoria:

«Ilustre y glorioso monarca, nosotros, vuestros leales vasallos, hemos sufrido males largos y crueles por la inhumanidad, la avaricia y desenfreno del príncipe Suriarnas, que indignamente ha puesto sobre el cadalso á nuestros padres y parientes, confiscado nuestros bienes sin la menor forma de juicio, arrebatado nuestras esposas, violado nuestras hijas y cometido otros crímenes infames, que acaso no podríamos nombrar sin incurrir en ellos. Varios de vuestros leales súbditos le han hecho prudentes reconvenções, sin otro fruto que tratamientos vergonzosos y bárbaros, en vez de la justa satisfacción que creían poderse prometer. Á no haberse dignado V. M. venir á esta ciudad y

que no contásemos con vuestra equidad, nos hubiéramos visto precisados á buscar en otros climas una pátria menos odiosa que la nuestra.»

Antes que acabara su discurso, el gobernador, sintiéndose indispuerto, había caído en tierra acongojado y como muerto. El rey mandó que sus criados le levantasen y que se suspendiese el juicio hasta el día siguiente. Entretanto, por no hospedarse en un palacio que los delitos del gobernador habían manchado, fué á pasar la noche en una casa de campo real, situada á dos leguas de la ciudad donde los habitantes le siguieron en tropel con mil aclamaciones y vivas.

Por la tarde, luego que llegamos, me preguntó el rey aparte qué penas dictaban en Europa las leyes contra los reos de un delito semejante. Di razon de nuestros procedimientos y pareció quedar satisfecho. Entonces añadió que si la justicia entre nosotros era ciega, en recompensa estaba dotada de un tacto muy fino; que padecía frecuentemente sus indisposiciones, y para curarla no había mejor remedio que un cierto cordial, cuya virtud maligna le hacia á veces hablar hasta contra su propia idea. Sevaraminas no comprendió la alegoría, siendo una figura desconocida de los sevarambos, gra-

cias á la inocente simplicidad de sus costumbres. Me expliqué, pues, en términos sencillos, y añadí que sin embargo teníamos ministros de justicia que aborrecian estos detestables medios, lo cual oyó con más gusto.

El siguiente dia volvió temprano á Timpanio, y subió á un tribunal que habian levantado con este fin en medio de la plaza principal. Al instante se vió rodeado de un sinnúmero de ciudadanos que acudian á acusar al gobernador, probando contra él crímenes cuya atrocidad hubiera irritado á los jueces más indolentes. Fué conducido á la presencia del príncipe. Estaba pálido, abatido, aniquilado, y en sus ojos se veian los remordimientos de su conciencia con el temor del suplicio. No pudiendo alegar nada en su defensa, yo esperaba desde luego una sentencia digna de la justicia de los sevarambos, cuando Sermodas me dijo que la prueba no era suficiente.

Sin duda me preguntarán los que lean estos viajes qué especie de gente son los sevarambos, á quienes no bastan unas delaciones demostradas por el silencio mismo del acusado para su condenacion. Confieso que yo mismo hice esta reconvenion á Sermodas, pero vi bien pronto en qué consistia que no le enviasen

corriendo al suplicio. Un abogado se adelanta para alegar en favor de Suriamnás. Expone que los acusadores han perdido la razon, y que sin duda es un demonio aéreo el que les hace hablar; llama la atencion de todos á que reconozcan que no tiene ninguna de las marcas visibles necesarias á la conviccion del delincuente, y á continuacion se extiende en exageraciones pomposas acerca del nacimiento y servicios del gobernador. El discurso estaba lleno de artificio y elocuencia, tanto, que los que ignoraban la conducta de aquel príncipe principiaban á creer que podia muy bien estar inocente. Pero al mismo tiempo se llega un filósofo al oido del rey, que manda se desnude á Sariamnás inmediatamente, y se busquen en su cuerpo los indicios de su crimen. No hallándose ninguno, fué preciso recurrir á la segunda prueba, reducida á poner al reo en un baño lleno de agua. ¡Qué no se vió en este instante! No habia poro en su cuerpo que no estuviese cubierto de alguna mancha, tumor ó úlcera que un filósofo habia hecho invisibles por medio de un talisman de virtud extraordinaria.

Entonces no quedó ya duda de la conviccion de Suriamnás. Más los sábios que acompañaban al rey, indignados de que hubiese entre

ellos quien prostituyese y envileciese su ciencia, valiéndose de ella para ocultar los crímenes á la justicia, se unieron de comun acuerdo para buscar al malvado y le obligan con su magia á comparecer en su presencia. El rey les permite que le juzguen ellos mismos y le impongan la pena que les parezca acomodada. No tardó en pagar su delito. Apenas le habian interrogado cuando le vimos subir en el aire con una rapidez extraordinaria exhalando ahullidos horrorosos y con la misma volvió á caer haciéndose mil pedazos. No pareció bien al rey tanta inhumanidad; pero los filósofos le hicieron presente que á no ser con un ejemplo semejante no se conseguiria el escarmiento de un delito como aquel.

El abogado su defensor fué castigado con menos rigor. Salió desterrado por S. M. á la isla de los Trapacistas, como indigno de vivir en una nacion de la virtud de los sevarambos despues de haber dedicado su ministerio á la defensa del crimen.

Restaba solo ver la condenacion de Suriamnas, que se esperaba con impaciencia. El rey le abandonó á la venganza del pueblo ofendido. Fué azotado cruelmente por las calles de la ciudad y despues sumergido en una cuba de

miel, de donde le llevaron al campo para exponerle, atado en una alta columna, al hambre de los insectos, que en dos dias le devoraron. Pero el furor de los ciudadanos se extendió hasta sus huesos, reduciéndolos á cenizas y arrojándolas al mar para que no quedase en el país ni vestigio de aquel hombre perverso. De esta manera concluyó la escena.

En los siguientes dias Sevaraminas consagró sus desvelos á la reforma de los abusos introducidos por el gobernador, y nombró á Surcolis su hijo para sucederle. Este jóven no pudo contener las lágrimas cuando se vió en un tribunal donde su padre se habia sentado pocos dias antes. No porque hubiese tenido parte en sus delitos ni detestádoslos menos que los demás; al contrario, habia sido el único que habia tenido la resolucion de reprenderlos, y jamás se vió hijo menos parecido á su padre.

El dia siguiente partimos de Timpanio para volver á Sevarambia, aunque por camino distinto, en cuya ruta los habitantes de las ciudades se esmeraron en demostrar su celo al rey, y su magnificencia á los extranjeros que le acompañaban.

CAPITULO V.

Amores de Morrice y de Sermodas, é historia de una dama holandesa.

Habiéndonos regresado á Sevarambia, el señor Morrice tomó conocimiento con una viuda jóven de la ciudad, pasando de buen amigo á amante correspondido. Como los primeros días de una pasión son deliciosos, ellos no pensaban en otra cosa que en verse, amarse y declarárselo mutuamente, olvidando tanto el uno como el otro todo lo demás, hasta que la reflexión volvió en ambos y trajo consigo el disgusto; entonces pararon la atención en que las severas leyes de los sevarambos ponian un obstáculo invencible á su union. Morrice me dió parte de sus penas y me pidió consejo, confesándome que lo que más le hacia desconfiar de su virtud era el haber relajado el amor de su dama á término de no poder ya negarle nada.

Roguéle que resistiese una debilidad que no podia acarrearle otra cosa que perjuicios, y adquirirnos el ódio de los virtuosos savarambos.

¿Y qué sabemos á dónde podrán llegar sus resentimientos, le añadí? Lo menos que os amenaza es ir desterrado á la isla de los adúlteros sin esperanza de salir jamás. Morrice me respondió que combatiría constantemente contra una pasión tan peligrosa por ver si conseguia apagarla; pero que si no podia unirse con su dama por los vinculos del matrimonio, terminarian sus desdichas con su muerte.

No puedo negar que el negocio me interesaba extremadamente, pues preveía que de un día á otro nos espatriarian del reino, y así resolví hacer todo esfuerzo por dar satisfacción á Morrice, antes que se la tomase él mismo por un crimen que hubiera sublevado á los sevarambos contra él y contra todos nosotros. Fui á buscar á Sermodas para exponerle este asunto y rogarle que nos ayudase con sus luces y su concepto; pero no me respondió cosa que pudiese consolarme mucho, solo sí ofreció que hablaría conmigo á Zidi Marabat, y apoyaría mis razones cuanto le fuese dable. Pasamos á casa de este ministro y quedó en proponer la cosa al rey delante de su Consejo.

En esta suposición volví á nuestro alojamiento lleno de inquietud, que tuve que ocultar hasta al mismo Morrice, porque siendo de-

masiado vivo no creyese la solicitud desesperada, y tal vez se diese la muerte á sí propio. Entretanto vino á buscarme Sermodas, y me propuso si queria salir de paseo, pues el tiempo estaba bueno y notaba en mí cierta agitacion que era preciso disipar. Cedió á sus ruegos y me condujo á las márgenes del rio inmediato á palacio, donde nos paramos algun tiempo sin hablar una palabra. Al fin Sermodas interrumpió el silencio. General, me dijo, veo que sospechais una denegacion de nuestro soberano, y esto es, sin duda, lo que os inquieta. Ignoro lo que saldrá, no teniendo ejemplar de caso que se le asimile; y como lo sabeis bien, es difícil de lograr una cosa que nunca ha sido pedida por ninguno; pero cuando el rey esté inexorable, hay un medio para hacer dichoso á vuestro amigo, tan infalible como que el mismo Sevaraminas dará la mano. Este consiste en llevar á la hermosa sevaramba á Sporunda, donde cuidaré yo de su fortuna y la de su esposo, con tal que vos y él me concedais un favor de que depende mi sosiego. ¿Me le negareis, pues? No, mi amigo Sermodas, le respondí con presteza. Lo que depende de nosotros es un derecho de que podeis disponer á vuestro antojo.

Por último, me dijo, no sé qué concepto

vais á formar de mí al escuchar lo que pasa en mi corazon; pero el destino me estrecha á revelaros lo que reservaria á cualquiera otro. Sabed, señor, que estoy enamorado de una extranjera de las que vivieron en vuestra compañía, y que yo no podré vivir contento mientras no me ame como yo la amo.

En vano he buscado en la filosofia recursos contra las impresiones del amor; él ha triunfado de la razon.

Una declaracion semejante no podia menos de sorprenderme, visto que no habia entre nuestras mujeres ninguna cuya hermosura igualase á la de las sevarambas ó seporundanas. Pregunté á Sermodas cuál era la dichosa mortal que le habia encantado. La dama de Morrice, me respondió; no siendo ella no me hubiera atrevido á daros parte de mis sentimientos. Pues ama á otra, ¿qué le importa que yo le suceda en lo que deja? No créo se oponga á una cosa que fundará mi fortuna sin turbar la suya. Por lo que hace á los demás os protesto que jamás la he descubierto mi corazon, y que hubiera querido antes morir que hablar de esto, si la mudanza de Morrice no autorizara mi conducta. Habladle vos en mi favor, asegurando que mis miras hácia su compañera

son todas honrosas, y que abandonaré á un olvido eterno lo que ha pasado entre él y ella.

Yo le prometí sondear á Morrice en la primera ocasion, dejándole al mismo tiempo para ir á buscar á nuestro almirante, al cual encontré en su cuarto solo y abismado en una taciturna contemplacion.

¿Qué es esto, amigo, le dije, siempre triste y pensativo? ¿Qué se ha hecho aquella placentaria que os era natural, y que ni un naufragio pudo arrancaros? Vamos, buen ánimo, recobraos, confiad más en la fortuna y sabed poneros sobre ella si no os fuere favorable. No, me respondió: ó casarme ó morir. Bueno, bueno, le repliqué; ya mudareis de sentimientos. He conocido hombres nada menos enamorados y que han sobrevivido al rigor de su destino, por más que hubiesen hecho esos mismos discursos. ¿Y vos mismo, de buena fé, hubiérais muerto de dolor si la bella holandesa vuestra dama hubiera despreciado vuestras promesas? ¿Qué decís? me interrumpió. Que bien equivocado vivís. Jamás ha pasado entre nosotros nada que no fuese inocente y de que pudiérais muy bien atestiguar. No niego que es hermosa y jóven, que me haya parecido bien, que la amó, en una palabra, y que no hubiera dejado de admitirla

con gusto por mi dama. Su virtud sola, que no cede á la de las sevarambas, hubiera bastado para ganar mi corazon; mas tampoco es menos cierto que no hay entre nosotros sinó una buena amistad. Sus ruegos y la compasion que sus dichas me inspiraron, han conseguido de mí este esfuerzo.

Sinó hubiera conocido bien al señor Morrice, ni sabido adonde llegaba su honradez, hubiera mirado su relacion como fabulosa y romancesca. Tenian para mí demasiada fuerza sus palabras, y además me ofreció que haria venir á la interesada, y que me contase toda su historia.

Un instante despues me llevó su pretendida dama, á la cual recibí con toda la urbanidad debida á su sexo y á su hermosura. Pasados los primeros cumplimientos, se sentó en un canapé que la habia presentado. Gastó algun tiempo en reprimir ó limpiar las lágrimas que á pesar suyo corrian de sus ojos, y por último, interrumpiendo su triste silencio me habló así: mi general, el señor Morrice ha hecho tanto por mí, que no debo rehusarle nada de cuanto una mujer honesta puede conceder. Esta es la razon por qué he cedido á las instancias con que me ha rogado os refiera mi deplorable historia. Nací en Amsterdam, de padres ricos y dis-

tinguidos. Habiendo sido depuesto el gobernador de Batavia á causa de sus excesos, fué nombrado mi padre sucesor suyo. No ignorais que si hay un empleo de provecho y lucimiento á que un particular holandés pueda ascender, es el que he dicho. El esplendor, la magnificencia, el poder, las riquezas, todo se encuentra en él. Mi padre apresuró su partida á Batavia, llevándome consigo, porque mi madre murió cuando me dió á luz. Educóme como podía hacerlo en unas circunstancias semejantes.

Tenia cerca de once años cuando mi padre contrajo segundas nupcias con la vinda del gobernador de Amboyna, cuyas riquezas sonaban más que sus buenas cualidades, habiendo venido á Batavia por lucir su lujo en un paraje digno de ella. Los primeros dias de este matrimonio se pasaron con satisfaccion de todos; trataba á mi madrastra como si fuera mi propia madre, y ella me correspondia como si fuera su propia hija.

Mi madrastra tenia un hijo al cual amaba tanto cuanto menos lo merecia, y le habia enviado á estudiar á Leyden, en Holanda. Este jóven vino á Batavia como un viajero que con sus defectos trae los de los paises que ha visto y que aun no sabe ser vicioso con finura y aire

natural. Todo era afectaciones ridiculas, modales groseros, amor propio insufrible, y un desenfreno á lo sumo que causaba horror. Imaginad ahora qué no sentiria cuando este indigente puso los ojos en mí, declarándome una pasion que no convenia con nuestra afinidad. Respondile de la manera que debia; mas su amor propio le hizo creer que yo no podria mirar su ternura sinó como un favor insigne, y que sinó un dia ú otro decaeria mi altivez. En fin, fué preciso para desengañarle rechazar sus galanteos con desprecio, y cargarle de desaires.

Por este medio me libré de su importunidad; pero un dia que me hallaba sola en mi cuarto, y mi padre habia salido al Consejo, entró á verme acompañado de su madre, cuyo aire embarazado denotaba tener que comunicarme algun negocio importante. Desde luego me anunció el corazon lo que se trataba. Despues de haber pasado un rato en cosas indiferentes, me declaró que venia por dar gusto á su hijo; que su cariño hácia mí crecia á cada instante, tanto que no podria vivir si no le amaba; que tuviese compasion de un jóven enamorado hasta lo sumo y de una madre desconsolada por el estado en que veia á su hijo;

Intenté satisfacerla con el obstáculo insuperable que ponía al medio nuestro parentesco para lo que deseaba. No, no, me replicó apresuradamente, no es lo que os figurais: en todas partes del mundo se hacen matrimonios en iguales circunstancias al que os propongo. Vuestra fierza es el único obstáculo que se opone á sus deseos. Mi madrastra era de un carácter fuerte y colérico; yo reflexioné que el temor de exasperarme con amenazas ó injurias, era solo el que se las habia hecho escusar. Así, bien que siempre firme en no casarme jamás con su hijo, á quien desde un principio habia tenido una aversion invencible, la respondí que estaria siempre dispuesta á obedecer á mi padre. Me agrada vuestra respuesta, me dijo; aunque nada le he declarado hasta ahora, yo me encargo de obtener su consentimiento. Al punto que me ví libre de su presencia me encerré en mi cuarto, abandonándome á mil cavilaciones.

Pasó algun tiempo en esta tregua, y un día que quise salir al campo por reflexionar más libremente sobre la desdicha de mi condicion, no llevando conmigo sino algunas esclavas, estaba tan sumamente sumergida en mis tristes pensamientos que no ví un cocodrilo que salió del agua, y que me hubiera devo-

rado si los gritos de mis criados no me hubiesen avisado. Intenté huir; pero el miedo me quitó las fuerzas, caí congojada, y cuando volví en mí, me hallé en una barraca de pescadores, sobre una cama rodeada de las esclavas, entre las cuales estaba un hombre á quien no conocia. Pregunté lo primero cómo me habia librado de la ferocidad de aquel animal voraz, y una de las negras me respondió que el jóven que estaba á mi lado era el que me habia salvado; que habiéndome visto caer, salió de un matorral, donde buscaba una pieza que habia matado, y me cogió en sus brazos, corriendo siempre en figura de una Z hasta el paraje donde me hallaba. No tengo que advertiros por qué afectaba esta figura, pues os juzgo instruido de que el cocodrilo no tiene juego en el espinazo, por cuya razon no puede volverse sino lentamente y con trabajo.

Dí gracias á mi libertador con todo el reconocimiento que exigia el servicio que acababa de hacerme. ¡Pero cómo habia de detenerme allí sin darle tambien mi corazon en recompensa de la vida que le debia! Díjome que era hijo del fiscal de Batavia, y que me amaba largo tiempo habia, aunque nunca hubiese tenido la osadía de declarármelo. La sinceridad de esta declaracion

aparecia en sus ojos, y el amor daba á sus discursos una fuerza á que cedi sin violencia. Quiero confesarlo: no contenta solo con amarle y consentir que me amase, le declaré tambien que su cariño me era agradable, y aun le cité para el dia siguiente en casa de una señora amiga de ambos.

Me retiré á casa, y al punto mi primer amante fué á darme el parabien del peligro de que me habia librado, poniéndose á maldecir la fortuna por haberle evitado la ocasion de acreditarme su pasion, arriesgando su vida en favor mio. Prorumpió en sandeces que daba lástima. Jamás me pareció tan despreciable, y el mismo aborrecimiento que le tenia aumentaba mi cariño hácia su rival. El dia siguiente, sin ser conocida, me hallé á la hora señalada en casa de mi amiga, y prometí un amor eterno á mi amante. No fuí menos feliz durante algunos meses. Veía diariamente al que amaba; no se me presentaba ya el objeto de mi ódio; me lisonjeaba de que mi insensibilidad habria entibiado su constancia, ó que acaso mi padre habria resistido la poderosa persuasion de su esposa; finalmente, solo pensaba en que mi amante no tardaria más en pedirme que en obtener el sí, pues su padre no era menos rico que el mio.

De esta manera me consolaba de los malos ratos que mi hermano político me habia hecho pasar, cuando un dia mi amante fué á buscarme en casa de nuestra amiga comun con un aire de tristeza en sus ojos que me sobresaltó más de lo que yo puedo explicar. Interrumpido por mil suspiros, me dijo que su padre le habia prometido á una hija de un burgomaestre; que acababa de darle esta nueva, y al mismo tiempo le habia mandado se dispusiese á partir dentro de un mes para casarse en Holanda. Este discurso fué para mí un rayo sin poder ocultar la turbacion, ni aun pensar en hacerlo; pero mi amante la convirtió en alegría aprovechando la ocasion. Ahora es cuando no puedo dudar de vuestra ternura, me dijo: asentid desde luego, y sabremos estorbar que el destino que nos persigue tenga en adelante sobre nosotros el mismo imperio. No hay que hacer sinó unirnos por un matrimonio secreto, y ponernos en manos de la Providencia. Todo cuanto puede suceder no es tan duro como el separarnos el uno del otro para siempre.

Tened resolucion, no os pido más, y la fortuna se pondrá de nuestra parte. Mi corazon atendia con demasiada viveza al partir de mi amante para que no merindiera. El dia siguiente

nos casamos en secreto delante de dos testigos; un amigo de su parte, y de la mia, una criada que merecia mis confianzas.

Tres semanas estuvo la cosa oculta, y nosotros en un sosiego envidiable, teniéndome por la mujer más feliz del mundo, y mi esposo, para colmo de satisfaccion, tuvo noticia de que habia muerto la que le destinaban en Europa. Entretanto, principiando á manifestarse el fruto de nuestro amor, tuve que decir á mi esposo declarase nuestro matrimonio antes que por precision le declarase yo. Me prometió hacerlo así; pero al mismo tiempo mi padre me propuso el enlace con su entenado, añadiendo que aunque estaba resuelto á ello, habia diferido decírmelo, por ver si se enfriaba su pasion; que el tiempo solo habia contribuido á darla nuevas fuerzas, y que no habia otro arbitrio sinó que me dispusiese á casarme en la próxima Pascua.

Era esta una de las pesadumbres más pequeñas que me reservaba la Providencia. La mañana siguiente, cuando fui á buscar á mi esposo para informarle de las intenciones de mi padre, me informó él tambien de que acababa de sondear al suyo acerca de nuestro matrimonio, contra el cual se habia dejado arrebatarse en términos que no solia, protestando que no consentiria

jamás entrase en una familia con quien habia estado siempre desavenido; yo experimenté todas las penas de un despecho, que presagiaba las desdichas de que iba á verme agobiada.

El dia siguiente, así que pude sustraerme de mi familia, acudí á la consabida casa, donde encontré, no á mi marido, sinó una carta suya que abrí temblando. En ella me manifestaba que su padre, indignado de la propuesta de nuestro matrimonio, le habia obligado á embarcarse en un navío que salia para Holanda, sin darle tiempo de decir adios á nadie; que sin embargo habia podido hablar á un oficial, que se encargaba de entregarme aquella carta. Que si le amaba cuanto debia para partir con él su fortuna, el mismo oficial me proporcionaria vestidos de hombre con que no fuese conocida y me conduciría al navío. Ultimamente, que me rogaba en este caso estuviese dispuesta para la tarde siguiente.

El dolor de que me dejé poseer al leer esta carta es inexplicable: volví á la casa de mi padre y recogí una gran porcion de pedrería que habia heredado por muerte de mi madre, y la di á guardar á la criada de mi confianza. El dia siguiente fuimos juntas á la casa de nuestras citas, y entonces la descubrí mis intenciones;

sabedora de esto se convino á acompañarme: nos vestimos, y con los ojos bañados en lágrimas partimos al navío, á cuyo bordo llegamos al concluir la noche, llevándonos inmediatamente el oficial á la bodega.

Habia ya algun tiempo que estábamos allí y yo principiaba á desconfiar por no ver á mi marido, cuando mi conductor me llevó segunda carta, que no podré olvidar jamás por las repetidas veces que la lei y releí. Esta es palabra por palabra:

«Señora: Creo ya es tiempo de desengañaros del error á que una pasión imprudente os ha arrojado; sabed, pues, que el que nos casó era uno de mis amigos, simple particular como yo. Confieso que esta acción no ha sido la más decente; mas tengo que haceros saber todavía peores nuevas. En una palabra, me precisa deiros que vais á un lugar de donde no volveréis jamás. Mi amigo cuidará de vos, sin que os haga falta ni partera ni nodriza, caso que diéreis á luz en el navío, pues vá lleno de mujeres que no desearán más que serviros.

»En cuanto á vuestro hijo, si fuere varón le deseo más probidad que tiene su padre, y si fuere hembra más cordura que ha manifestado su madre. Por lo que á mí hace hoy mismo doy

velas, según os manifesté, para ir á casarme á Holanda por disposición de mi padre. Respecto á lo demás, no ignoreis, señora, que salvándoos la vida me adquirí un derecho incontestable á vuestra persona. En este supuesto, cuento con que me estareis reconocida de no haber diferido más la renuncia.

»Pero mi carta os cansa, señora. Concluyo aconsejándoos que me olvideis, como yo trataré de hacer mientras sea.—*Federico Van Noort.*»

Antes de llegar á la mitad de la carta caí desvanecida, y mi fiel compañera me ha contado después que estuve algunas horas sin dar la menor señal de vida. Al fin volví en mí, si puede llamarse volver en sí el estado de despecho en que entonces me hallaba. La muerte me parecía el único remedio de mis males, y hubiera querido en aquellos instantes que el que nos había conducido á bordo me la diese. Pero lejos de esto, sin olvidar nada, todo le parecía poco para mi consuelo diciéndome que el tiempo mitigaría mi pena; que él había contribuido á mi desdicha sin conocerme ni saber siquiera de lo que se trataba. La compasión y el amor le hacían hablar de esta manera, sin que él lo advirtiera ni yo pusiese cuidado. La perfidia de Van Noort me representaba su sexo insoportable.

Finalmente, mis penas agobiaron mi energía y caí mala en la isla de Java, donde los vientos contrarios nos detuvieron siete meses cabales. Jamás nadie se alegró de su curacion como yo me alegraba entonces de una enfermedad que miraba como una gracia del cielo que apiadado queria librarme de la vida. A pesar de mi dolor parí un niño muerto asistida de mi criada solamente y recobré enseguida las fuerzas, aunque no mi tranquilidad, despues de haber echado al mar la criatura bañada con nuestras lágrimas.

Todavía sufría otra mortificacion más. Esta era la nécia persecucion del oficial mi conductor, á quien el regreso de lo que él llamaba mi belleza le tenia siempre á mi lado sin separarse un instante; por mi fortuna el viento abonó y tuvo que saltar en tierra para comprar algunas provisiones á los javinos, con cuyo motivo recibió una herida mortal en una pendencia que tuvo con ellos.

El día siguiente nos embarcamos. No habia tres semanas que estábamos sobre el mar cuando nuestro navío principió á hacer agua. Todos se creyeron perdidos; solamente yo miraba con placer el término de mi vida, sin otro sentimiento que el de mi fiel compañera, cuya

lealtad ha sido recompensada por su casamiento con de Hayes, uno de vuestros capitanes, el cual se ha solemnizado en Sporunda. Vos llegásteis á este tiempo y nos sacásteis de los brazos de la muerte. Despues acá no tengo que decir lo que ha pasado; solo añadiré á mi historia una declaracion que debo á la virtud y urbanidad del señor Morrice, y es que, dueño de mi persona como era, ha sabido sacrificar su ternura á mis ruegos, y aun me ha ofrecido dejarme entre los sevarambos ó sporundanos, únicos pueblos con quienes puedo resolverme á vivir.

La historia de esta dama me sacó las lágrimas á los ojos, y vacilé algun tiempo sobre si convendria proponerla un esposo en las circunstancias lastimosas en que se hallaba; sin embargo la amistad de Sermodas venció, declarándola sus sentimientos hácia ella. A pesar de la sorpresa que esta propuesta la causó, respondió con más suavidad que yo esperaba de su aborrecimiento á los hombres. Aproveché la ocasion para estrecharla más y más, hasta hacerla ver que era el único medio para vivir con los sevarambos. En cuanto á su persona, la dije, es un hombre distinguido, rico, bien formado, jóven, virtuoso y hábil. Para no usar de

rodeos, él se tendría por dichoso en ser vuestro, y yo os creería dichosa en ser suya.

Advertí que mis razones habian hecho su efecto, y fui á avisar inmediatamente á Sermodas, el cual vino corriendo á jurar un cariño eterno á la bella holandesa, dejándome la satisfacción de ver que le recibia con algo más que cortesanía. Conté despues al sporundano las aventuras de su querida, que acabaron de interesarle en su favor, deponiendo alguna pena, si tenia, por el pretendido comercio de Morrice.

El día siguiente juntó el rey su Consejo para deliberar sobre la pretension del señor Morrice. La resolucion fué que S. M. asentiria al matrimonio, siempre que la dama sevaramba se aviniese á marchar con el esposo que habia elegido. No esperaban los dos otra cosa. Inmediatamente se dispuso todo para su enlace, y para el de Sermodas con la bella holandesa, que Sevaraminas mandó celebrar en el principal templo y honró con su presencia, ejecutándose la ceremonia con una magnificencia extraordinaria.

Acabada que fué, semejante á la que habiamos visto entre los sporundanos, volvimos á palacio, adonde Sermodas habia mandado que nos sirviesen una comida espléndida. Al dejar la mesa el rey me hizo la honrá de conversar con-

migo, y le referí la historia de nuestra holandesa, que la reina no pudo oír sin verter lágrimas. Entretanto los desposados se habian retirado á sus respectivos cuartos, que el rey les habia señalado en palacio, amueblados como el del mismo soberano. Luego que volvieron, el salon apareció repentinamente como por arte mágico un teatro, cuyas ostentosas y singulares decoraciones excedian con mucho á cuanto he visto de su especie en Italia. Representóse una comedia, y acabaron los regocijos de aquel día.

En el siguiente volvieron á empezar, y continuaron hasta veinte dias sin intermision: cosa que no se habia visto hasta entonces en Sevarambia sinó en las bodas de los reyes. Paseos, banquetes, conciertos, tragedias, comedias y óperas, alternaban sin cesar. Me acuerdo de que entre otras representaron una vez los *Amores de Marte y Venus*, pues los sevarambos saben la mitología de los griegos tan bien como nosotros. Las voces eran asombrosas, las palabras acomodadas á la música, y el lenguaje muy parecido al italiano por su dulzura.